

## Identidad y cultura. Reflexiones teóricas y metodológicas

*Antonio Padilla Arroyo*



**E**l presente ensayo tiene el propósito de establecer un conjunto de reflexiones para el estudio de los procesos de creación de la identidad y la importancia de la cultura en esos procesos desde diferentes posturas teóricas y metodológicas, así como desde diversos grados de análisis. De esta manera se pretende una aproximación a las relaciones entre identidad y cultura. Son temas de interés y estudio para dilucidar las mediaciones entre identidad y cultura, los valores, las prácticas, los hábitos, los mitos, los usos y costumbres que producen una y otra, las instituciones en que encarnan y se encargan de difundirlas, es decir, la familia, la etnia, el estado, la iglesia, los medios de comunicación, las universidades y el conjunto de instituciones que conforman el sistema educativo. La identidad y la cultura son problemas complejos porque son actos humanos, acciones creadoras en las cuales confluyen diversos grupos sociales en una sucesión de intercambios e influencia mutua, de apropiaciones y resistencias.

Una primera aproximación al tema es la propuesta que ofrece Roger Chartier sobre la complejidad que encierra el estudio de la cultura en general:

[...] allí donde se había creído descubrir correspondencias estrictas entre divisiones culturales y oposiciones sociales existen en cambio circulaciones fluidas, prácticas comunes, diferencias nebulosas[...] Todas las formas y prácticas en que los historiadores habían creído localizar la cultura del pueblo, en su radical originalidad, aparecen como entramados de elementos diversos, compuestos y mezclados.<sup>1</sup>

Las formas y prácticas, las correspondencias y circulaciones de ideas y hábitos entre distintos actores sociales, de acuerdo con Roberto Gutiérrez, requieren un análisis meticuloso de las instituciones, de las experiencias y las ideologías con el fin de esclarecer la “cuestión” de la identidad y la cultura. Proceder al examen de estos aspectos permite rescatar las fuentes y las tradiciones culturales que producen los distintos grupos sociales que configuran el marco social y cultural de una sociedad. Así, desde esta perspectiva, es indispensable introducirse en el estudio de las tradiciones de pensamiento con la finalidad de penetrar en “los interiores de nuestra cultura”, es decir, descubrir y examinar los mitos, las costumbres, las creencias, los deseos, los discursos, las motivaciones de los sectores, de los individuos y los grupos sociales para ilu-

minar las relaciones entre ellos, las formas de representación formal y real de los grupos dirigentes y los dirigidos.<sup>2</sup>

En este sentido, el concepto de apropiación es pertinente para nuestro interés, de acuerdo con la definición que proporciona Chartier:

Enfoque distinto que centra su atención en los empleos diferenciados, las apropiaciones plurales de los mismos bienes (culturales, políticos, sociales, económicos, etcétera), las mismas ideas, los mismos gestos. Esta perspectiva no renuncia a identificar diferencias (y diferencias socialmente arraigadas), pero desplaza el lugar mismo de su identificación puesto que ya no se trata de calificar socialmente los corpus tomados en su conjunto, sino de caracterizar las prácticas que se apropian diferencialmente de los materiales que circulan en una sociedad dada.

Así, por ejemplo, la difusión de discursos, que por su propia lógica interna pueden apelar a símbolos poco comprensibles para sectores específicos, provoca su anulación como discurso, pero produce prácticas, conductas y comportamientos considerados como legítimos por las normas sociales o políticas.<sup>3</sup>

Ello requiere de un estudio particular en la medida en que no se trata de un “hecho” homogéneo, sino de distintos estilos de vida que organizan diversas costumbres, hábitos y conductas generadas por los propios grupos con el propósito de tener referentes colectivos, sirviéndoles como hechos fundantes de la comunidad y de la identidad, así como de las relaciones de los diversos grupos políticos y sociales entre sí y de las instituciones que éstos crean y reproducen para mantener su identidad. Pierre Bordieu puntualiza la importancia que tiene en los procesos de socialización la construcción colectiva de representaciones e imaginarios colectivos para afianzar una identidad:

Sabiendo que la *manera* es una manifestación simbólica cuyo sentido y valor dependen tanto de los que la perciben como del que la produce, se comprende la manera de utilizar unos bienes simbólicos, y en particular aquellos que están considerados como los atributos de excelencia, constituye uno de los contrastes privilegiados que acreditan la “clase”, al mismo tiempo que el instrumento por excelencia de las estrategias de distinción, es decir, en palabras de Proust, del “arte infinitamente variado de marcar las distancias”. Lo que la ideología del gusto natural sitúa en oposición, mediante

dos modalidades distintas de la competencia cultural y su utilización, son dos modos de adquisición de la cultura: el aprendizaje total, precoz e insensible, efectuado desde la primera infancia en el seno de la familia y prolongado por un aprendizaje escolar que lo presupone y lo perfecciona, se distingue del aprendizaje tardío, metódico y acelerado, no tanto por la profundidad y durabilidad de sus efectos, como lo quiere la ideología del “barniz” cultural, como por la modalidad de la relación con la lengua y con la cultura que además tiende a inculcar.<sup>4</sup>

Desde este marco conceptual y metodológico es posible transitar al estudio de las manifestaciones particulares de la identidad y la cultura, especialmente de dos instituciones cruciales en este proceso de crear la identidad. En ellas se establece el funcionamiento, de modo inseparable, de las competencias que se juzgan necesarias y, por tanto, lugares privilegiados para las sanciones positivas y negativas que consolidan lo que es aceptable socialmente y quitan o condenan lo que se considera de escaso valor dentro de un momento y tiempo determinado, suscitan vergüenza o reprobación y más tarde servirán para los intercambios entre individuos y grupos sociales. En esta dirección se hace indispensable explorar otros aspectos que rodean su formación. Bordieu destaca el papel que desempeñan los procesos de socialización informales tanto en las apropiaciones, las resistencias, los intercambios y las distinciones culturales entre los grupos sociales. La familia aparece de nueva cuenta como eje que aglutina los elementos primordiales que dotan de identidad a sus integrantes porque en ella se forjan los hábitos materiales y culturales de los individuos y los grupos sociales:

Hablando con propiedad no existe herencia material que no sea a la vez una herencia cultural, y los bienes familiares tienen como función no sólo la de dar testimonio físico de la antigüedad y continuidad de la familia y, por ello, la de consagrar su identidad social, no dissociable de la permanencia en el tiempo, sino también la de contribuir prácticamente a su reproducción moral, es decir, a la trasmisión de los valores, virtudes y competencias que constituyen el fundamento de la legítima pertenencia a las dinastías burguesas [...] Cada hogar, con su lenguaje, expresa el estado presente e incluso el pasado de los que lo ocupan, la seguridad sin ostentación de la riqueza heredada, la escandalosa arrogancia de los nuevos ricos, la discreta miseria de los pobres o la dorada miseria de los “parientes pobres” que pretenden vivir por encima de sus posibilidades económicas [...] Ex-



perencias de esta naturaleza son las que, sin duda, debería recoger en todos sus detalles un psicoanálisis social aplicado a conseguir entender la lógica de la incorporación insensible de las relaciones sociales objetivadas en las cosas y también, por supuesto, en las personas, inscribiéndose así en una relación duradera con el mundo y con los otros, que se manifiesta, por ejemplo, en los límites de tolerancia al mundo natural y social, al ruido, a los atascos circulatorios, a la violencia física o verbal, etc., una dimensión de los cuales es el modo de apropiación de los bienes culturales.<sup>5</sup>

### **La identidad nacional: encuentro de identidades y culturas**

Tal vez una de las derivaciones más importantes de estos intercambios de prácticas sea la génesis y cimentación de la identidad nacional, en cuya base se encuentra tanto el intento como la pretensión de aglutinar y reducir el intercambio continuo entre dirigentes y dirigidos con el propósito de mantener la cohesión, las lealtades y las relaciones de poder. La creación de la identidad nacional es un proceso de construcción de una sociabilidad que involucra distintos modos y estilos de vida, diversas prácticas y representaciones que se difunden y se diluyen en ámbitos de apropiación diferenciados, los cuales originan, a su vez, peculiares “lecturas” según las instituciones, los actores y los grupos sociales, incluso entre quienes no saben ni producirlo ni leer. De este modo, un nivel analítico que es preciso tener en cuenta gira en torno,

precisamente, del examen de la configuración de la “identidad nacional” en la medida en que ha sido un problema crucial en la creación de la cultura durante los siglos XIX y XX, en particular en nuestro país.

Según Gilberto Giménez, el estudio de la identidad nacional, definida como construcción imaginaria de una comunidad, que al mismo tiempo es social y política, debe considerar modelos e instituciones sociales arraigadas en una sociedad específica: la familia, la etnicidad y la religiosidad. En el primer caso, sobresale la pertinencia de estudiar los nexos entre familia y nación, examinándose los mecanismos y las mediaciones de la producción y la reproducción de las prácticas, las normas, las actitudes, las costumbres y las representaciones de la y en la familia. Unas y otras son apropiadas por la élite política para presentarlas y transformarlas como propias de la nación. Es en el discurso político e histórico donde pueden identificarse con mayor claridad los momentos en que se establecen las relaciones entre un ámbito imaginario, la nación, y uno real, la familia. Mediante ellos es posible analizar los esfuerzos de la élite por unificar y consolidar estos ámbitos de la experiencia social y cultural. Por ejemplo, la carga emotiva de los rituales cívicos traduce el simbolismo que representa la pertenencia a una “gran familia”, en la que hermanos y hermanas son protegidos en el seno de la patria, por el padre y la madre que ofrecen lo mejor de sí para procurar el bienestar de sus miembros.<sup>6</sup>

En el segundo caso, los nexos entre la etnicidad y la nación pueden establecerse mediante dos niveles fundamentales: el territorio, el terruño, la patria según la expresión feliz de Luis González y González, y los lazos de parentesco que lo rodean y que pueden llegar hasta lo racial y lo clasista. Este esfuerzo de lograr identificar lo nacional con la etnicidad se produce claramente a finales de siglo XIX en nuestro país, cuando se sostuvo que los mesti-



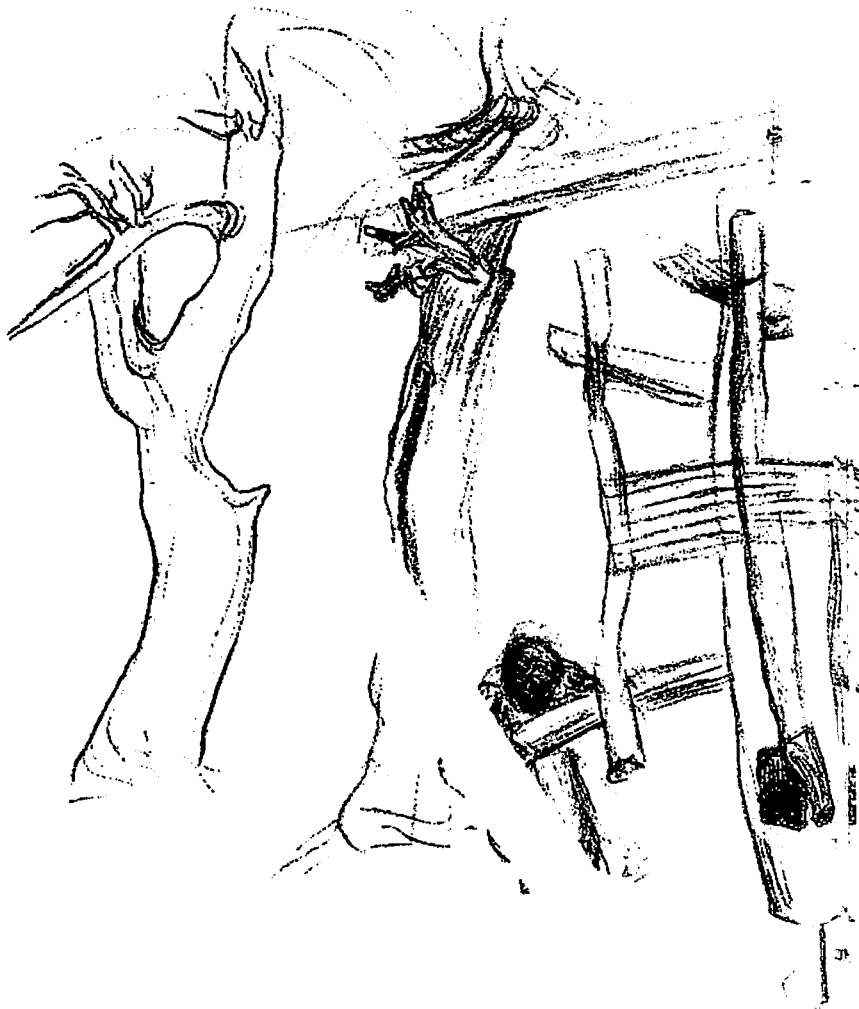
zos formaban la clase media mexicana y, por añadidura, encarnaban a la nación.<sup>7</sup>

Así, familia y etnicidad son los soportes culturales, sociales y políticos de la identidad y de la comunidad imaginaria que es la nación. Sobre ella se edifica el imaginario, los símbolos y los mitos que la sintetizan. Evidentemente esto tiene sus efectos en las relaciones entre los distintos grupos sociales y políticos, en el plano de la identidad cultural. Se está ante un problema de representatividad y legitimidad tanto del discurso como de las prácticas sociales, en la medida en que se pone en juego el cómo y quién representa a la nación, en cuyo caso se trata de salvaguardar la legitimidad del poder y la creación de una moral pública que simbolice e identifique a todos, sobre todo en los momentos de integración territorial y cultural de la nación, como sucedió en la contienda entre liberales y conservadores durante la primera mitad del siglo XIX en nuestro país. De ahí la importancia de las celebraciones y los ritos nacionales, del culto a los héroes y santos que unifican a los grupos sociales. La creación de estos imaginarios son cruciales para mantener la identidad cultural y generar hábitos de la cultura política. Así, cada nación establece sus propias particularidades, su idiosincrasia, su “ser nacional”.

Por último, el aspecto religioso también es una pieza central en la construcción de la identidad nacional. Para Giménez, la religión

[...] conserva múltiples referencias a la matriz familiar y se manifiesta también como una “comunidad fraternal”. En este aspecto el culto a la nación puede considerarse como una prolongación secularizada del culto a los dioses lares y del culto a los ancestros[...] También la comunidad religiosa constituye un modelo para la comunidad nacional. En efecto, la nación también se vive como una “patria mística” anónima y envolvente que tiende a reabsorber las diferencias y contradicciones subnacionales bajo la cobertura mágica de su manto inconsútil, invisible y sagrado.<sup>8</sup>

Uno de los elementos centrales que ayudan a comprender las mediaciones entre identidad y cultura es la internalización de una “sustancia psíquica” de los miembros de una nación. Es decir, el “ser”, la esencia de un país. Se trata de una “identificación” que se expresa en mitos, prácticas y conductas. Pero este “ser” o “esencia” de nuestro discurso y práctica cultural se construye, en gran medida, en relación con el “otro” o con los “otros”. Sin embargo, la identidad nacional tiene distintos niveles de expresión en la medida en que la sociedad está compuesta de diferentes grupos sociales que se apropian y desarrollan sus propias interpretaciones, sus estilos de vida y modos de comporta-



miento. Por eso, Giménez establece al menos dos niveles de análisis: las identidades por pertenencia o grupalidades más restringidas, que se sitúan en entidades sociales como la familia, la etnia o la comunidad pueblerina, cuya manifestación se concreta en culturas particulares; la identificación por referencia que tiene que ver con procesos de socialización más amplios y con referentes de igual magnitud, es decir, permite una proyección de colectivos simbólicos, “que sólo viven en nuestras representaciones colectivas y sólo se tornan visibles a través de sus símbolos o de sus representaciones”. En este sentido, podemos señalar que la cultura, es decir, los modos y los estilos tienen como criterio decisivo la lealtad a las instituciones del Estado y los arreglos sociales y políticos entre gobernantes y gobernados.<sup>9</sup>

Es indispensable insistir en la importancia de realizar el estudio de los grupos que la producen, la reproducen y difunden a la vez que se analizan los procesos ideológicos en condiciones estables o de larga duración, así como el análisis de las coyunturas y los acontecimientos que permiten explicar el rompimiento o el surgimiento tanto de una nueva identidad como de una cultura inédita, de nuevas prácticas, comportamientos y representaciones, de la génesis de una dirección hegemónica alternativa, en términos gramscianos, que pueden dar pie a nuevos consensos y al ascenso de un nuevo grupo dirigente, redefiniendo las relaciones de poder, así como los intercambios culturales entre los grupos dirigentes, entre éstos y los dirigidos.

Este problema lleva a analizar los espacios donde se produce y reproduce la identidad y la cultura, es decir, el terreno de la construcción de las subjetividades. Básicamente hemos indicado dos: la familia y la escuela, cimiento de la socialización e internalización de los patrones de conducta, de los hábitos culturales, de los estilos y modos de vida. Sin embargo, no son las únicas porque al enriquecerse su producción también ésta se amplía a instituciones que han adquirido un papel fundamental, sobre todo en el mundo urbano: la literatura, el cine, la pintura y los medios masivos de comunicación. Esta construcción necesariamente es un “acto político”, en la medida en que supone “la constitución de individuos en sujetos políticos mediante su incorporación a un orden simbólico determinado, expresado por un discurso que incluye o excluye referentes con la intención de cohesionar a una sociedad a escala nacional y establecer sobre ella una hegemonía política. Es decir, con finalidad de crear una conciencia de unidad, de pertenencia a un colectivo, de toda la población que habita un territorio determinado”.<sup>10</sup>

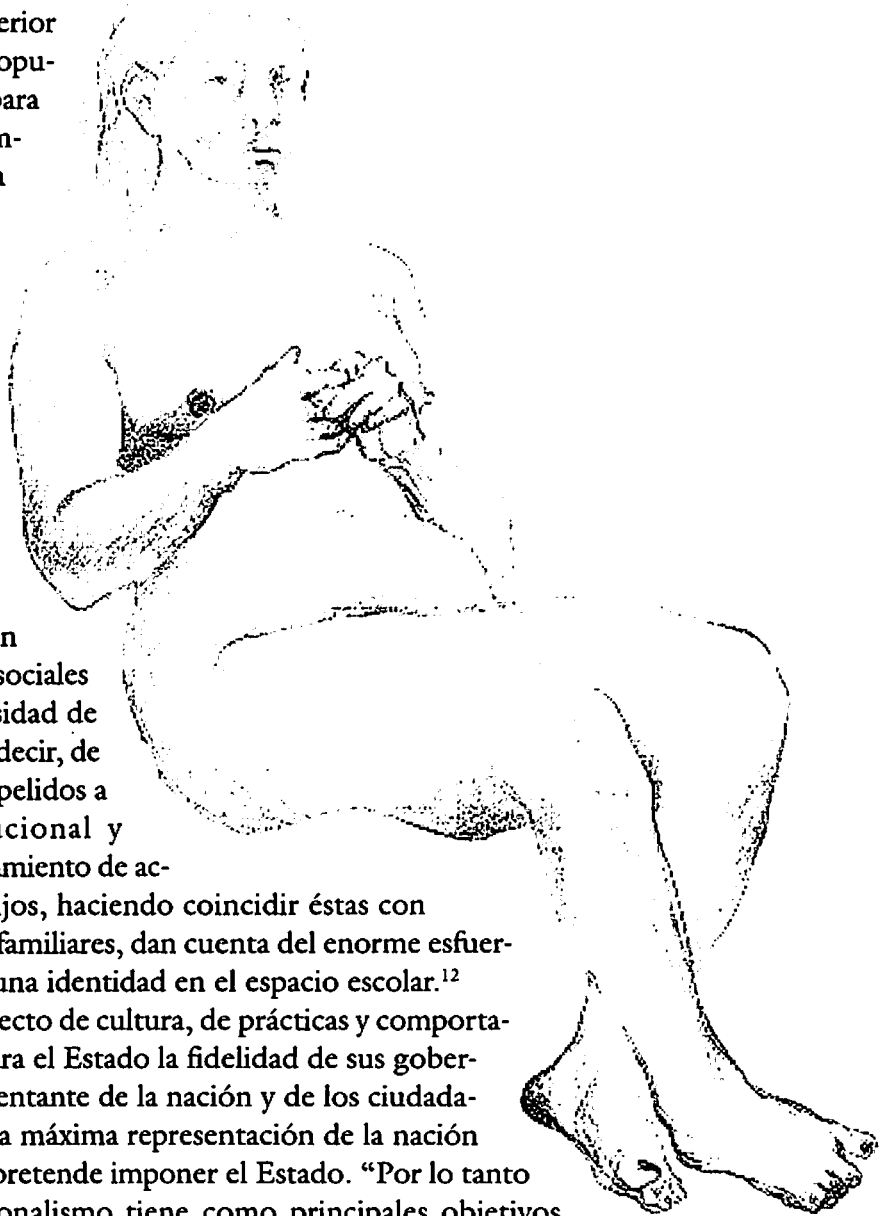
En este sentido, el estudio de las identidades tiene que hacerse en términos históricos, es decir, cuáles son las instancias o instituciones, en qué circunstancias se formula un proyecto de identidad y cultura. Precisar estos procesos resulta de especial importancia porque permite referirse al proceso de conformación del Estado y de la nación, establecer con claridad si estamos ante un proceso simultáneo de formación del Estado y de la nación y si esto es así cómo se produce la identidad cultural. De este modo, se abre la posibilidad de distinguir entre una identidad nacional o identidades que dan por resultado “la identidad nacional”, producto de identidades creadas por los grupos sociales, y una identidad cultural, “nacionalismo político o de Estado”, que identifica Estado con Nación. Este último pretende y de hecho se apropia de las distintas identidades para lanzar su propio proyecto de identidad cultural y nacional. Para Francisco Salazar Toledo



tres son los elementos constitutivos de este nacionalismo: la importancia que tiene para el Estado la cultura, la cual se difunde mediante el sistema educativo y en cuyo interior se combinan elementos de cultura popular con factores del proyecto estatal para conformar un conjunto de mitos y símbolos “que se busca interiorizar en la mayoría de los habitantes a través de grupos informales, los medios masivos de comunicación y, sobre todo, el sistema educativo obligatorio”.<sup>11</sup>

Tal vez uno de los ejemplos más ilustrativos de la influencia de la institución escolar en el proceso de socialización y de creación de la identidad cultural sea su capacidad para moldear e imponer un tiempo y un ritmo homogéneo a un conjunto de individuos y grupos sociales que tienen como legado una diversidad de tiempos y ritmos socioculturales, es decir, de usos y prácticas sociales que son impelidos a sujetarse a un tiempo institucional y organizativo, a diluirse en un ordenamiento de actividades específicas con horarios fijos, haciendo coincidir éstas con las edades y biografías personales o familiares, dan cuenta del enorme esfuerzo que despliega para materializar una identidad en el espacio escolar.<sup>12</sup>

Es decir, se asiste a un vasto proyecto de cultura, de prácticas y comportamientos políticos que garanticen para el Estado la fidelidad de sus gobernados y la legitimidad como representante de la nación y de los ciudadanos. El éxito de presentarse como la máxima representación de la nación garantiza la identidad cultural que pretende imponer el Estado. “Por lo tanto —sostiene Salazar Toledo— el nacionalismo tiene como principales objetivos homogenizar lo diverso; compactar cultural y lingüísticamente grupos heterogéneos; y establecer una política de integración para dar mayor cohesión a la estructura estatal homogeneizando la población y desalentando la aparición de movimientos separatistas”.<sup>13</sup>



### **La identidad y la cultura en México. Algunas pautas para su estudio**

El estudio de otro tipo de instituciones sociales y culturales es imprescindible. La identidad y la cultura en nuestro país no pueden, por ejemplo, dejar de lado el examen de prácticas, normas no escritas y escritas, de hábitos y costumbres que tienen un arraigo primordial en el ser y la esencia “del mexicano” y “lo mexicano”, es decir, de enfocar el análisis del presidencialismo mexicano, del corporativismo institucional y el nacionalismo revolucionario porque moldean las relaciones entre Estado y sociedad, articulan la vida pública y privada de los grupos sociales y políticos.

En este marco, es posible dotar de contenido a la cultura y la identidad porque: “la complejidad de la cultura proviene de la diversidad de prácticas que cristalizan en una concepción del mundo en la que se establece una normatividad organizada a partir de inclusiones o rechazos, de creencias o incertidumbres”.<sup>14</sup>

Para el estudio de la identidad y la cultura en México se requiere analizar la génesis de nuestra cultura contemporánea por lo menos a partir de 1968, porque ese año fue una expresión y manifestación de diferentes tendencias organizativas de distintos grupos de la sociedad mexicana, por ejemplo, empresarios, estudiantes, mujeres, profesionistas. Según explora José Agustín, uno de los estudiosos más importantes de la cultura urbana en nuestro país, durante los años sesenta se gestó en México un lento y desigual movimiento cultural y social que se difundió en distintos niveles sociales. Como suele ocurrir en este tipo de movimientos sus expresiones fueron contradictorias y con variados matices, según la lectura elaborada por los grupos sociales que en él convergieron. Dentro de los hechos más notables que puntualiza el autor están la presencia clara y abierta de los jóvenes en el campo de la cultura: desde la música, sobre todo la canción de protesta y el rock, el cine, la televisión hasta la literatura. Junto con ellos o, para ser más precisos, mediante ellos se alcanzó una nueva presencia de la cultura indígena que, después de su “encasillamiento” y silenciamiento premeditado del *establishment* cultural por medio de la crítica al muralismo como forma simbólica de reivindicación de “lo mexicano”, se reveló mediante los *jipis*, que pusieron en tela de juicio el aparente cosmopolitismo y universalidad de nuestra cultura y abrieron la posibilidad de canalizar las inquietudes sociales de los jóvenes con sus preocupaciones políticas que cristalizaría en el movimiento estudiantil de 1968.<sup>15</sup>

Así, pues, el movimiento estudiantil de 1968, no sólo en México sino en otras partes del mundo, posibilitó que distintos sectores lanzaran iniciativas acaso difusas pero de mayor profundidad y contenido por sus efectos en las normas, las prácticas y los hábitos culturales de amplias capas de la población, en forma especial entre los jóvenes, rompiendo con la supuesta unanimidad y homogeneidad de nuestra identidad cultural. Por ejem-

plo, en el mundo de los gustos musicales, que es tal vez la expresión más alta y simbólica de la cultura, la canción de protesta y el rock alcanzaron una predominancia indiscutible a principios de la década de los setenta, acompañándose de un estilo de vida que singulariza a este sector de la población entre otras cosas por su apertura sexual y el empleo de “malas palabras”. Estas expresiones culturales se concretaron en instituciones y espacios de socialización conocidos como “peñas”, en bares y cafés. Como una muestra de los intercambios de bienes culturales, estas expresiones de identidad y cultura fueron apropiadas por las clases políticas y culturales para proclamar su pertenencia a Latinoamérica, en el marco de la revitalización del nacionalismo revolucionario, el antimperialismo yanqui y la consolidación de la revolución cubana. Las peñas, los bares y los cafés “fueron un fenómeno de clase media urbana y su profundidad como medio de protesta no fue mucha”. Pero ello se debió en gran medida a la acotación de estos espacios sociales y, sobre todo, a las universidades públicas que vivían un auge inusitado en su crecimiento. En todo caso, el significado de estos acontecimientos fue que sirvieron como un medio de identidad de un sector de jóvenes que no se identificaba plenamente con el discurso tradicional de “lo mexicano”, difundido por la clase política y la cultural.

De hecho, posterior a 1968, la sociedad mexicana inició un proceso de análisis y reflexión sobre sí misma que se manifestó, de manera casi natural, en la búsqueda de identidad y cultura, unida a la demanda de democracia y a la ampliación de la libertad de expresión revitalizándose una franja muy influyente del periodismo mexicano a cuya cabeza se encontraban, entre otros, Julio Scherer García, Carlos Monsiváis, Vicente Leñero, Daniel Cosío Villegas y Jorge Ibarguengoitia, al mismo tiempo que se hacían presentes movimientos contraculturales.<sup>16</sup>

Desde una visión de larga duración,



estas tendencias culturales y políticas se expresaron con mayor vigor y claridad en 1988, cuando la cultura, en particular la cultura política tradicional, entró en una crisis de dominación y consenso, afectándose los patrones de comportamiento político y generándose nuevas determinaciones en la compleja red de relaciones con la autoridad. El movimiento neozapatista en 1994 reveló, a su vez, una porción de la profundidad de los cambios que se han gestado lentamente en nuestro país, especialmente en cuanto al revitalizado México profundo que ya había anticipado Guillermo Bonfil Batalla, trayendo de nueva cuenta a la luz el problema de la identidad y la cultura en un mundo donde la cultura global aparecía como un dato incontrovertible.

Esta situación ha puesto al descubierto la conveniencia de elaborar estudios, locales, regionales y nacionales sobre identidad y cultura, en relación con los grupos empresariales, las iglesias, las organizaciones de la "sociedad civil", los movimientos municipales, las universidades e impuesto la tarea de comprender y explicar nuevos patrones de conducta, comportamientos, formas y hábitos tanto sociales como ciudadanos, así como el nacimiento de mitos y símbolos que los acompañan. También resulta importante el análisis de una industria cultural creciente, de estudios de la "opinión pública", en particular de los medios de comunicación, en forma destacada la prensa escrita y la radio.<sup>17</sup>

En este sentido, una parte de los problemas a dilucidar por las ciencias sociales radica en el estudio de las relaciones entre instituciones, actores y grupos sociales productores, reproductores y difusores de la identidad y la cultura. Unos y otros han enriquecido nuestra visión de la sociedad y han provocado en las disciplinas sociales la necesidad de examinarlos. Dentro de las consecuencias más significativas que han acompañado al proceder conceptual y metodológico de estas disciplinas puede destacarse la necesidad de repensar sus conceptos y procedimientos, así como sus

objetos de estudio, que habían centrado su reflexión en los sistemas y las clases sociales, las ideologías y los amplios imaginarios colectivos que los dotaban de cohesión y racionalización o bien los desorganizaban, para crear y buscar herramientas conceptuales más apropiadas a los viejos y nuevos actores, en un contexto social, económico y cultural novedoso.

Los estudios sobre la identidad y la cultura de las mujeres, los niños, los ancianos, los ciudadanos y los jóvenes han mostrado la enorme diversidad y multiplicidad, a veces la fragmentación, de identidades y culturas que, como corrientes subterráneas, tejen o pudieran tejer el entramado de una identidad y una cultura nacionales. De igual manera, los esfuerzos por promover la defensa de los derechos humanos en un marco de violencia social y política, que también alimentan representaciones y símbolos, o la defensa de la naturaleza y las nuevas configuraciones de los espacios sociales, entre otros, han obligado a los investigadores y estudiosos a mirarlos con detenimiento, gestándose nuevos problemas con preguntas e hipótesis también inéditas porque generan y organizan nuevas prácticas y discursos culturales.

En suma, la presencia en los distintos niveles de la realidad social ha obligado a una reconsideración del quehacer de los estudiosos con el fin de incorporarlos como temas de investigación.<sup>18</sup>

Por otra parte, existe un consenso en que atrás de estos nuevos temas y enfoques en las ciencias sociales se encuentran las profundas transformaciones que están ocurriendo en nuestra vida social, aunque dentro de ellas está presente una lucha ideológica y política por desentrañar la génesis y el sentido de nuestros comportamientos, hábitos y valores. Por eso, no sólo se trata de plantear o registrar el hecho mismo de los nuevos perfiles de las sociedades contemporáneas, sino de comprenderlos y asumir las consecuencias que tienen en nuestra vida social y personal. La obligación, en todo caso, es buscar explicaciones coherentes y sistemáticas, es decir, científicas, a los ámbitos de la vida cotidiana de hombres, mujeres, niños y niñas que aparecen en una realidad virtual de desorden social, así como al significado de la pérdida o debilitamiento de identidades mayores como clase, región y nación, al surgimiento de modos y estilos de vida que buscan nuevos equilibrios para la convivencia social. ○

1 Roger Chartier, *Sociedad y escritura en la edad moderna. La cultura como apropiación*, Instituto Mora, México, 1995, p. 8.

2 Roberto Gutiérrez, "A manera de introducción...", *Revista A*, pp. 10-11.

3 Chartier, *Op. cit.*, p. 11.

4 Pierre Bourdieu, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, 1991, p. 63.

5 *Ibid.*, pp. 75-77.

6 Gilberto Giménez, "Apuntes para una teoría de la identidad nacional", en *Sociológica*, año 8, número 21, enero-abril de 1993, México, UAM-Azcapotzalco, p. 15. No menos importante en este proceso resultan los gustos, los olores y las prácticas alimentarias: "Y es sin duda en los gustos alimenticios donde se puede encontrar





- la marca más fuerte e inalterable de los aprendizajes primitivos, los que más tiempo sobreviven al alejamiento o al derrumbamiento del mundo natal y cuya nostalgia se mantiene de forma más duradera: el mundo natal es ante todo, en efecto, el mundo maternal, el mundo de los gustos primordiales y de los alimentos originarios, de la relación arquetípica del bien cultural en el que el prestar un servicio agradable forma parte integrante del placer y de la disposición selectiva hacia el placer que se adquiere en el propio placer". Bordieu, *Op. cit.*, pp. 75-77. También véase la notable y valiosa obra de Elías Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas*, FCE, México, 1989.
- 7 Véase: Andrés Molina Enriquez, *Los grandes problemas nacionales*, Era, México, 1983; Justo Sierra, *Evolución política del pueblo mexicano. Obras completas*, T. XII, UNAM, México, 1984.
- 8 Giménez, *Op. cit.*, p. 17.
- 9 *Ibid.*, pp. 24-25.
- 10 María García Castro, "Identidad nacional y nacionalismo en México", en *Sociológica*, p. 32.
- 11 Por su parte, Bordieu sostiene que: "Por medio de las acciones de inculcación e imposición de valores que ejerce, la institución escolar contribuye también (en una parte más o menos importante según la disposición inicial, es decir, según la clase de origen) a la constitución de una disposición general y trasladable con respecto a la cultura legítima que adquirida conjuntamente con los conocimientos y las prácticas escolarmente reconocidas, tiende a aplicarse más allá de los límites de lo 'escolar', tomando la forma de una propensión "desinteresada" a acumular unas experiencias y unos conocimientos que pueden no ser directamente rentables en el mercado escolar". Bordieu, *Op. cit.*, p. 20.
- 12 Véase: Antonio Viñao Frago, *Espacio y tiempo. Educación e historia*, IMCED, Morelia, 1996, p. 32.
- 13 Francisco Salazar Toledo, "Nación y nacionalismo en México", en *Sociológica*, pp. 51-52.
- 14 Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 14.
- 15 José Agustín, *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982*, Planeta, México, 1993, pp. 7-11, 19.
- 16 *Ibid.*, pp. 30-33.
- 17 Gutiérrez, *Op. cit.*, p. 15.
- 18 Para un examen más detenido de algunas temáticas que se han desarrollado dentro del campo de la cultura urbana véase: Miguel Ángel Aguilar *et al.*, "Cultura urbana en México en los ochenta: notas para un balance", en *Sociológica*, año 7, número 18, enero-abril de 1992, México, UAM-Atzacapotzalco, pp. 111-139.

#### Bibliohemerografía

- Aguilar, Miguel Ángel *et al.*, "Cultura urbana en México en los ochenta: notas para un balance", *Sociológica*, año 7, número 18, enero-abril de 1992, México, UAM-Atzacapotzalco.
- Bordieu, Pierre, *La distinción. Criterios y bases sociales del gusto*, Taurus, Madrid, España, 1991.
- Chartier, Roger, *Sociedad y escritura en la edad moderna. La cultura como apropiación*, Instituto Mora, México, 1995.
- Elías, Norbert, *El proceso de la civilización. Investigaciones sociogenéticas y psicogenéticas*, FCE, México, 1994.
- García Castro, María, "Identidad nacional y nacionalismo en México", *Sociológica*, año 8, número 21, enero-abril de 1993, México, UAM-Atzacapotzalco.
- Giménez, Gilberto, "Apuntes para una teoría de la identidad nacional", en *Sociológica*, año 8, número 21, enero-abril de 1993, México, UAM-Atzacapotzalco.
- Gutiérrez, Roberto, "A manera de introducción," *A Revista de Ciencias Sociales y Humanidades*, Vol. IX, núms. 23/24, enero-agosto, México.
- Agustín José, *Tragicomedia mexicana 2. La vida en México de 1970 a 1982*, Planeta, México, 1993.
- Molina Enriquez, Andrés, *Los grandes problemas nacionales*, Era, México, 1983.
- Salazar Toledo, Francisco, "Nación y nacionalismo en México", en *Sociológica*, año 8, número 21, enero-abril de 1993, México, UAM-Atzacapotzalco.
- Sierra, Justo, *Evolución política del pueblo mexicano. Obras completas*, T. XII, UNAM, México, 1984.
- Viñao Frago, Antonio, *Espacio y tiempo. Educación e historia*, IMCED, Morelia, 1996.

---

**Antonio Padilla Arroyo.** Doctor en Historia por El Colegio de México. Profesor/Investigador de la Facultad de Humanidades de la Universidad Autónoma de Morelos y miembro del Sistema Nacional de Investigadores.

---